

UMBRAL

(Publicado en la Senda de Fray Junípero de la Diócesis de Tepic)

EL AÑO DE LA FE

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

Fe es una de las palabras más breves de nuestra lengua castellana. El Diccionario de la Real Academia la define así en su primer significado: “En la religión católica, primera de las tres virtudes teologales, asentimiento a la revelación de Dios propuesta por la Iglesia”. Y en el tercero: “Confianza, buen concepto que se tiene de alguien o de algo.”

Esas explicaciones, como es evidente, son buenas pero incompletas, pues la fe más que reconocerse como la aceptación confiada de una palabra, es una experiencia que crece y se fortalece con el paso de la vida, sus dones y sus obstáculos. Viene a ser una especie de brújula para no errar el camino, una orientación que da la seguridad acerca de dónde se viene y hacia dónde se va.

Por ello, la convocatoria que hizo el Santo Padre para un “año de la fe” es una invitación a mirar hacia nuestro interior, descubrir cómo la semilla sembrada en nosotros ha tenido efectos y hacia dónde hemos de dirigirnos para ser de veras discípulos de Jesucristo.

El Papa ha titulado “Porta fidei” (“La puerta de la fe”) a la carta de proclamación. Al usar el signo de una puerta, que requiere una llave para ser abierta y ésta no puede tenerse sin la confianza del dueño de la casa, ha hecho hincapié en la iniciativa de Dios, es decir, en que la fe no es un “romperse la cabeza” para sostener verdades difíciles, sino aceptación emocionada y firme de esa llave que conduce al encuentro con las maravillas que están detrás de esa puerta. Así como sólo se aprende a escribir escribiendo o a amar amando, “sólo creyendo—escribió Benedicto—la fe crece y se fortalece. No existe otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida sino abandonándose en un ‘crescendo’ continuo en las manos de un amor que se experimenta como cada vez más grande porque tiene su origen en Dios.”

Con la llave en la mano, introduciéndola en la cerradura y abriendo la puerta, crecemos y nos fortalecemos dejándonos amar por el Amor de los amores, al modo de la Samaritana que en el brocal del pozo de Jacob descubrió el agua viva.

Su Santidad presentó como modelo de encuentro con la fe a esa mujer de Samaria que es, en este siglo XXI ya avanzado, figura de la humanidad contemporánea y de cada uno de nosotros, pues los espacios de desconcierto, de angustia y desesperación son

abundantes y llaman al seguimiento de espejismos que son como “cisternas vacías” o vasos a medias que no satisfacen. El discípulo de Cristo está llamado a dar testimonio a lo largo de su vida de que Él es la única luz verdadera que ilumina al mundo.

El Año de la Fe es, pues, oportunidad de reflexión y acción, de apertura orante y compromiso con la humanidad.

Conviene, en primer lugar, hacernos conscientes de lo que significa nuestro bautismo del que difícilmente recordamos la fecha, de la profesión de fe solemne que hicieron nuestros padres y padrinos y que hacemos la noche pascual y con menos solemnidad al recitar el “credo” en las misas dominicales. Sería bueno, en el tiempo de Pascua realizar en alguna celebración la antiquísima ceremonia de la “reditio Symboli” (“entrega del Símbolo o Credo”) que forma parte del fin de una de las etapas del catecumenado en el ritual bautismal de adultos.

Conviene igualmente, verificar el estado de la catequesis y de la formación en la fe en todas sus formas y de su cercanía con las situaciones de vida de los cristianos actuales. No basta implementar el estudio. Hace falta conectar la palabra y su trasmisión con los senderos por donde corre la vida. He admirado y admiro a Jean Guilton, el intelectual católico que recibió el día de la clausura del Concilio el mensaje a los pensadores, quien escribió en su ancianidad un “Pequeño catecismo” para niños. En el prólogo dejó escrito: “Me dirijo al niño de la era atómica, sincero, transparente y que me pone en un aprieto al proponerme preguntas muy difíciles que me hago yo también en secreto y con las que no tengo ganas de enfrentarme... Me dirijo al niño bautizado, pero no he olvidado al niño que no cree, al niño laico, al niño hostil. Hay que decirle lo que somos... que la fe no contradice a la razón, que la vida cristiana perfecciona la vida del hombre.”

También este año es ocasión de acercarnos al tesoro de la Iglesia y solicitar la indulgencia por la pena temporal que merecen nuestros pecados. El que esté casi borrada de la memoria esta preciosa realidad nos exige mayor esfuerzo para rescatarla. De su rescate brotarán, no dudo, abundantes caudales de caridad y paz.